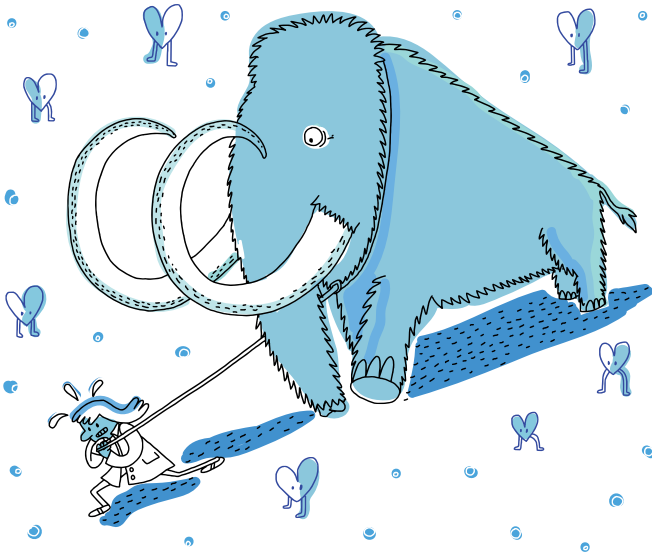


ELENA O'CALLAGHAN I DUCH

# Soltando al mamut

COACHING PARA LA  
TRANSFORMACIÓN EDUCATIVA



**SANTILLANA** ACTIVA

# ÍNDICE

**PRÓLOGO 9**

**INTRODUCCIÓN 19**

**1. ¿CÓMO NACIÓ EL COACHING? 35**

Kocs, un alto en el camino 36

Expansión del invento 39

¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? 40

¿Por qué solemos jugar mejor en los entrenamientos  
que en los partidos? 42

Cómo caminar sin caerse: manual práctico 45

El arte de hacerse pasar por tonto 47

Un pesado mamut 53

Éramos muchos y... 55

**2. ¿QUÉ ES COACHING? 61**

A fuego lento 61

... al meollo del asunto 64

No es oro todo lo que reluce 67

La buena noticia y la mala 69

Las siete diferencias 70

La manía de preguntar 81

¿El pez o la caña? 87

**3. COACHING EDUCATIVO 91**

El diente de león 91

¿Tender puentes o cavar trincheras? 93

La pregunta del millón 100

... al *quid* de la cuestión 101

#### **4. EL CEREBRO, UN ALIADO 111**

Solo ante el peligro 112

El descenso por la madriguera 115

... un viaje al fondo del iceberg 116

Tres en uno 117

Inmersión 121

Nuestro cerebro, ¿perezoso o maravilloso? 122

#### **5. AUTOCONOCIMIENTO DEL DOCENTE 127**

De oruga... 127

... a mariposa 131

Los sonidos del silencio 136

A conciencia 139

Calentando motores 148

Afinar la puntería para dar en el blanco 149

... un baño de realidad 156

#### **6. CREENCIAS 161**

El color del cristal 163

Creer para ver 165

Las palabras no son inocentes 173

Recogiendo el guante 175

#### **7. EMOCIONES Y PENSAMIENTOS 185**

Mamá Galleta y mamá Caramelo 187

En tierra de nadie 190

... billete de ida 196

Un secretario eficiente 205

Billete de vuelta 207

La guinda del pastel 217

Domando a la fiera 219

## 8. CÓMO ES Y CÓMO ACTÚA EL EDUCADOR-COACH 231

Un mercader medieval y cucarachas en apuros 233

¿Se nace o se hace? 237

Humilde como una violeta 241

Flexible como el bambú 242

El camaleón empático 247

Reírse hasta de la propia sombra 251

Vampiros en acción 259

La rueda del hámster 263

## 9. IMPLEMENTACIÓN EN EL AULA 267

El foco y la foca 269

Encuentros en la tercera fase 271

Lenguaje prohibido 285

El terror del error 289

Huellas en el camino 291

La Gran Muralla 295

De sapos a príncipes 303

## EPÍLOGO. ¿SOLTASTE YA AL MAMUT? 305

Conciencia y dignidad 306

Entonces, ¿qué ha cambiado en ti? 310

## BIBLIOGRAFÍA 313



# INTRODUCCIÓN

Antes de entrar en materia, estimado educador, creo necesario comunicarte que todo cuanto en estas páginas está escrito no proviene solo de formulaciones teóricas o de mis fuentes de estudio como pedagoga y como *coach*. Hablo también desde mi propia experiencia profesional, como docente y como formadora de docentes y de familias. Y, por supuesto, también como madre.

Por otra parte, parece que el *coaching* está de moda. Se usa y se abusa de este vocablo (incluso desde los medios de comunicación) sin conocer realmente qué es, qué significa y qué implica. Considero necesario aclarar el término, y lo haré en los próximos capítulos, para saber todos de qué estamos hablando. De momento, avanzo que no es *coaching* todo lo que parece, ni tampoco un profesional debe presentarse como *coach* sin una formación específica para ello.

Podría decir que el propósito de este libro es dar a conocer a maestros y profesores algunas herramientas de *coaching* como soporte estratégico y emocional para que optimicen su desempeño y se sientan realizados en su profesión, porque esa es la única manera de sacar lo mejor de sus alumnos y, por supuesto, de ellos mismos. Pero la intencionalidad de estas páginas va más allá de eso. Mi propósito final es ofrecer al docente un camino de cambio y transformación basado en la toma de conciencia, respecto a sí mismo como educador y respecto a su praxis educativa. Para transformar la educación se necesita la transformación de los educadores.

Mi pretensión es hacerlo con sencillez y sentido del humor, utilizando un lenguaje claro y directo, sin tecnicismos que puedan empañar su principal objetivo: alcanzar al mayor número de educadores y ofrecerles habilidades y destrezas de *coaching* para llegar a ser no solo mejores docentes, sino también mejores personas. Y es que hay que tener madera especial para dedicarse a la docencia. Dicho en otras palabras, hay que sentir un compromiso profundo y una intensa vocación. Y hablando de...

## Vocación, conciencia y compromiso

Como escritora de literatura infantil y juvenil que soy, voy cada curso a colegios a impartir charlas a alumnos que han leído alguno de mis libros. Es frecuente, sobre todo si hago más de una sesión en el mismo colegio, que los profesores te inviten a un café o a desayunar con ellos durante el tiempo de descanso.

Pues bien, estando el curso pasado en un instituto de Secundaria, llegó esa bendita hora del café y el director me acompañó a la sala de profesores para compartir el espléndido desayuno que habían preparado. Todos los profesores hablaban animadamente entre ellos. De repente, y como una exhalación, entró en la sala una profesora visiblemente nerviosa. Yo pensé que había pasado algo muy gordo. Y hasta me sorprendí de la indiferencia del resto del claustro cuando, desencajada y con los brazos en alto, gritaba: «¡No puedo más! ¡Me tiene harta el Felipe este! Ya no sé qué hacer con él... ¡Es que no cambiará! No puedo con él, ni con el grupo. ¡Qué ganas de perderlos de vista! Vaya asco de grupo». Que conste que solo he reproducido aquí los comentarios más suaves en torno al pobre Felipe, que debía ser una buena pieza a juzgar por las perlas que le dedicaba la profesora. Cuando se percató de mi presencia, se vio casi obligada a darme explicaciones por tan aparatosa irrupción: «Bueno, es que vengo de la peor clase y... Buf, llevo un día...».

Creo que el director me vio cierta cara de pasmo y, como excusándose, alzó la mirada, levantó las cejas, hizo un mohín con los labios y se encogió de hombros abriendo las palmas de las manos. Con meridiana claridad, su lenguaje corporal expresaba un «¡Ya estamos otra vez con lo de siempre! En fin, paciencia...».

Atendiendo a la gestualidad del director y a la indiferencia general, deduje que esos comentarios de la profesora no eran nada nuevo para ellos; no obedecían al calentón de un instante concreto, o a un día malo que, por otra parte, todos podemos tener. Lo que ella decía y la forma en que lo decía, revelaba una actitud habitual y frecuente en su cotidiano *modus operandi*. De ahí la indiferencia mostrada a dichos comentarios por parte del resto de los profesores y del director. Por su actitud deduje también que debían estar empachados de oír cada día la misma cantinela quejumbrosa y ya hacían caso omiso de las lamentaciones de la profesora. Dado que estas acti-

tudes son hartamente contagiosas, ignorar esos dañinos comentarios era lo mejor que podían hacer. De hecho, lo peor que puede ocurrir en estos casos es encontrar un coro de acólitos espontáneos dispuestos a arropar las quejas de alguien y, así, engrandecerlas sin llegar a nada que no sea marear la perdiz y perderse en telarañas mentales y emociones tóxicas. Si hay un problema, se debe afrontar y tomar medidas para resolverlo con madurez y responsabilidad. En este caso, el propio director me dijo a continuación: «No tiene remedio». Me pregunté internamente cuál era el problema que no tenía remedio. ¿La profesora? ¿Felipe? ¿La clase entera? ¿Y qué se había hecho para solucionarlo?...

Me pregunté también cómo esa mujer había llegado a la docencia y con qué actitud y con qué espíritu se levantaba cada día para ir a trabajar. ¿Tenía vocación? ¿La había tenido alguna vez? ¿Cuál era su compromiso educativo? ¿Llegar a fin de curso? ¿Cambiar a sus alumnos?... Ya iremos viendo a lo largo de estas páginas que pretender cambiar a los alumnos, sin cambiar la actitud de uno mismo, es tanto como pedir al agua que no moje. El caso es que, en el fondo, me dio pena esta profesora porque me di cuenta de que estaba sufriendo. No se sentía satisfecha con su trabajo y, probablemente, tampoco con ella misma. Pero la cuestión de fondo es ¿qué conciencia tenía ella realmente de esta situación? ¿Qué grado de satisfacción profesional sentía? ¿Proyectaba en sus alumnos sus propias limitaciones?

No llegué a averiguar nada porque tampoco era mi misión en ese momento, ni había confianza para ello. Así que ahí lo dejo, con todos estos interrogantes que vamos a ir desgranando a lo largo de estas páginas. De momento, sirva también esta anécdota para avanzar que el *coaching* educativo trabaja, desde la toma de conciencia profesional y el compromiso personal, para llegar a la integración interior de unas competencias y habilidades emocionales que revertirán en el día a día en el aula, logrando así que el docente pueda vivir su profesión de un modo más consciente, más pleno y más satisfactorio, lo cual sin duda influirá en la educación que recibirá el alumnado.

Resumiendo, pues, este libro no pretende ser un manual exhaustivo sobre educación o sobre teorías pedagógicas. Ni siquiera un manual de pautas educativas (aunque, sin duda, las encontrarás); en este sentido ya

existen muchos y buenos manuales en el mercado editorial. Sí, en cambio, pretende brindar a los docentes algunas poderosas herramientas internas y externas para su transformación, desde la perspectiva de esta disciplina llamada *coaching* y encuadrada en los valores de la toma de conciencia y el compromiso educativo.

### Cada maestrillo...

Dice el refrán que «cada maestrillo tiene su librillo». Mi experiencia como profesional me llevó hace muchos años a comprender el significado de dicho refrán. Más que «tener su librillo», yo diría que cada maestro lo va escribiendo y lo va construyendo con base no solo en su formación, sino también con base en sus experiencias, sus creencias, sus pensamientos y sus sentimientos. Y, por supuesto, bajo el prisma de su propio carácter, su forma de ser, sus aptitudes y sus actitudes, su manera de afrontar la vida y de manejar sus emociones. De eso hablaremos en profundidad en los capítulos dedicados al autoliderazgo y empoderamiento del docente.

De momento, y aunque no forme parte de este libro hablar de la consideración social de los maestros y profesores, quiero apuntar la necesidad de revalorizar este rol social por la importancia, el respeto y la consideración que creo que merece el colectivo docente y su labor. Enseñar y formar a los futuros ciudadanos del país es una gran responsabilidad y depende en gran





medida de la educación que han recibido. Dejo aparte el papel de la familia, que obviamente es fundamental en este marco, y me centro solo en los docentes por ser el caso que nos ocupa.

En Finlandia, ser maestro o profesor es una de las profesiones más valoradas social y económicamente. Aquí, en España, no es así. Solo hay que remontarse al lenguaje popular castellano, que ha fosilizado frases hechas como «Pasar más hambre que un maestro de escuela». Con eso, está todo dicho.

Cabe destacar también las motivaciones por las que una persona llega al mundo educativo. Lamentablemente, muchas personas llegan por eliminación, por descarte de otras opciones, que es tanto como decir por la escasez de salidas profesionales en otros ámbitos fuera de la docencia. He visto muchos profesores de Arte e historiadores, por ejemplo, que hubieran sido unos magníficos artistas, o directores de museo y que en cambio son negados para la enseñanza y han llegado a ella como última salida profesional. Pero no les culpo en absoluto.

Simplemente quiero dejar constancia de que la docencia es una profesión que, si no se vive apasionadamente, la motivación pedagógica es muy poca, por no decir nula. Y, en ese caso, como la profesora de la anécdota anterior, ¿con qué espíritu y ánimo llegan al aula cada día estos docentes? De eso también hablaré en estas páginas, porque parto de la idea de que la docencia se debe disfrutar y no sufrir, lo cual no significa que no se tengan que afrontar retos y, a veces, muy duros.

Enseñar y educar no es vender zapatos, con todos mis respetos a los comerciantes del sector. Si tú hoy estás de malhumor, o has tenido un problema en casa, o simplemente no te encuentras bien, los zapatos van a seguir siendo los mismos zapatos antes y después de que tú los manipules. A lo sumo, puedes ser más amable o más hosco con el cliente, que optará por volver o no a tu tienda. Pero, cuando hablamos de niños, la cosa cambia. Trabajamos diariamente, y muchas horas, con «material» sensible, dúctil, impregnable como una esponja, y que está en fase de desarrollo. El niño se está abriendo al mundo y está afianzando su personalidad. Son muchas las horas que pasa en el colegio y que comparte con sus profesores. El estilo educativo de estos suele tener una influencia significativa y determinante en su formación.

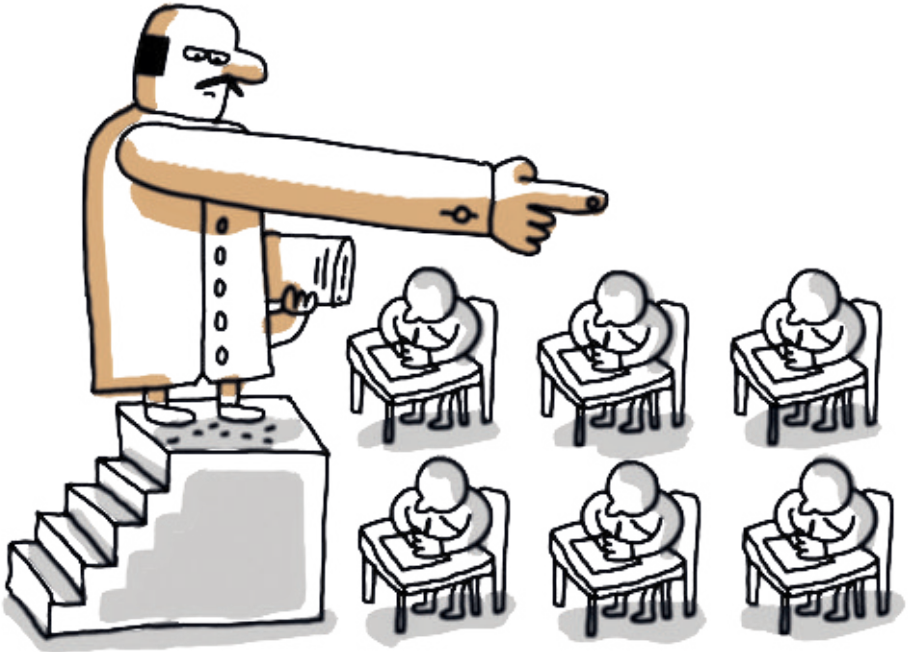
Si un docente no se siente bien consigo mismo y/o con su profesión, su desempeño será realmente pobre. Nadie puede dar aquello de lo que carece. Entonces, ¿qué está transmitiendo a sus alumnos un docente que no vive su quehacer educativo con pasión y plenitud? No hablo de momentos puntuales, sino de actitudes vitales, mantenidas y sostenidas día a día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año. Sin duda, todos recordamos con cierto cariño a aquel maestro carismático de nuestra infancia que algo cambió en nosotros a través de sus enseñanzas. Y seguro que también recordamos al «ogro» del colegio, el que gritaba y castigaba a menudo. Como probablemente también recordemos a aquel a quien todo el mundo le tomaba el pelo. Este es uno de los temas que ineludiblemente sale en las típicas cenas de exalumnos de un colegio. «¿Os acordáis de...?», y entre risas se evoca tal o cual profesor aun sin tener la conciencia de la simiente que, para bien o para mal, dejó en nosotros.

Si los maestros y profesores no se sienten realizados y no se sienten bien consigo mismos, difícilmente podrán despertar en sus alumnos la motivación por el aprendizaje. Y, aun así, hay veces que se sienten quemados y desgastados. No en vano dicen que la depresión es una de las enfermedades que mayor incidencia tiene entre el colectivo docente. Y... ¿quién cuida al cuidador? Los docentes necesitan de un soporte estratégico y emocional que, en general, no suelen contemplar las administraciones en su currículo universitario como parte de su formación. Y, sin embargo, es un factor fundamental para su bienestar personal y, por ende, para su desempeño profesional. En el ámbito de la docencia, no concibo lo segundo sin lo primero.

### *Eppur si muove*

«¡Y sin embargo se mueve!», reza la célebre frase atribuida a Galileo Galilei. Pues sí, el mundo se mueve a pesar de los inmovilismos.

Paradójicamente, en un mundo en constante movimiento, parece que en la enseñanza aún perdura el encorsetado sistema educativo occidental, hijo directo de la escuela prusiana, cuyo paradigma está completamente obsoleto en la sociedad en que vivimos, pero que, por desgracia, sigue implementándose actualmente en la mayoría del mundo académico occidental.



Aunque también es cierto que, últimamente y desde la base, están surgiendo voces que claman y luchan por erradicar este tipo de escuelas y apostar por iniciativas pedagógicas más en consonancia con las necesidades sociales actuales.

Todo se mueve vertiginosamente a nuestro alrededor. Por nombrar algunos cambios significativos: el concepto de familia tradicional ya no existe, el ritmo al que se efectúan los avances de las nuevas tecnologías, la desaparición de multitud de profesiones y el nacimiento de nuevas, el acceso a la información... Estos y otros factores más han hecho cambiar la configuración mental de la sociedad. Y ahí sigue, impávido e impasible, el antiguo paradigma educativo, resistiéndose a cambios profundos, negándose a dar respuestas a las nuevas necesidades sociales, aferrándose a un arquetipo pedagógico caduco, rancio y, a todas luces, ineficaz. Basta con citar dos ejemplos en nuestro país: el trajín de legislación educativa (ocho sucesivas leyes orgánicas de educación desde la promulgación de la Constitución!) y los índices de fracaso

escolar en nuestro país. Dentro de la Unión Europea, en 2016, una vez más, España seguía líder en fracaso escolar. Más de un 20 % de jóvenes entre 17 y 24 años ha abandonado prematuramente la vida académica sin haber terminado los estudios de la ESO (Enseñanza Secundaria Obligatoria, ojo: *obligatoria*). Cuando hay más de un 30 % de fracaso escolar y un abandono temprano de estudios por una gran parte de la población estudiantil, me pregunto: ¿de quién es el fracaso?, ¿de los alumnos o del sistema?

Sin embargo, y dejando aparte este vaivén continuo que es para volver loca a la comunidad educativa, sería muy cómodo achacar toda la responsabilidad del aula a las administraciones públicas, porque, a fin de cuentas, quien está codo con codo con los alumnos cada día es el profesor. Una cosa es la legislación educativa, implementada desde las administraciones de cada país y a la que deben someterse los colegios, y otra es la actitud concreta de los maestros y profesores en las aulas. Siempre he sostenido que, con recursos o sin ellos, con una ley de educación u otra, un buen maestro lo será siempre, porque no es tanto una cuestión de recursos como una cuestión de voluntades. Y si queremos encontrar excusas para no hacer algo, seguro que las vamos a encontrar y, además, muy convincentes. El docente que quiera moverse, que quiera avanzar, que quiera crecer, lo hará, caiga quien caiga. Y el que no lo quiera hacer no lo hará. Simplemente buscará un culpable de su inmovilismo (que si la Administración, que si el sistema, que si el programa, que si el director, que si los compañeros, que si el curso es malo, que si hay luna llena, que si tal, que si Pascual...). Cualquier excusa será buena para eludir responsabilidades y compromisos.

Prescindiendo, pues, de todo el entorno citado, en este libro me voy a centrar únicamente en lo que es responsabilidad directa y exclusiva del docente frente a sus alumnos. En sus actitudes, en sus compromisos y en sus acciones.

## ¿Es para mí este libro?

Quizá, querido docente, te estés preguntando si este libro es para ti. Puedes seguir leyendo para comprobarlo, pero ya te digo que ESTE LIBRO SÍ ES PARA TI, sí..., si te sientes identificado con todos o algunos de estos cuatro ítems (puedes marcar las casillas) que te presento a continuación:

- Te consideras ya un buen maestro;** crees que ya has aprendido todo lo que hay que aprender acerca de tu asignatura y de la manera de impartirla. Estás muy seguro de ti mismo y nunca tienes dudas sobre lo que debes hacer.
- Eres un experto en disciplina.** Dominas y controlas perfectamente a tus alumnos y, si se descontrolan, sabes que algún grito, amenaza o castigo te funcionan.
- Creés que tus alumnos son todos iguales** y, por tanto, es justo tratarlos a todos por igual.
- La motivación de tus alumnos por aprender es su responsabilidad** y la de su familia.

¿Y si no te has identificado con ninguno de los anteriores conceptos? Entonces mira el siguiente listado, a ver si ahora damos con ello:

- Te gusta (o te gustaba) tu profesión, pero **te sientes agotado** porque cada vez te exigen más con menos recursos.
- Te desvives por tus alumnos y **te frustras** cuando ves que no avanzan al ritmo que marca la ley. Hasta que tiras la toalla pensando que es imposible que algunos aprendan.
- Sientes que podrías hacer las cosas mejor en el aula, pero **te sientes solo y desmotivado** porque la dirección del centro escolar, los compañeros o las familias no te apoyan.
- Quisieras cambiar muchas cosas** del entorno educativo, pero el sistema no te lo permite y sientes que tu motivación está disminuyendo y estás entrando en un bucle de apatía profesional.

Y, finalmente, si aún no te has sentido identificado con ningún ítem del primer grupo o de este segundo, te propongo un último grupo:

- Te apasiona la docencia,** aunque sepas que, a veces, dudas y metes la pata.
- Te preguntas con frecuencia **cómo podrías desempeñar mejor tu profesión.** Crees que cada día puedes aprender algo nuevo y te consideras una persona curiosa y creativa a quien le gustan los retos.
- Quieres crecer** como docente y como persona.

- Alguna vez te sientes cansado y eres consciente de que **necesitas «recargar pilas»**.

¿Por qué he agrupado estos ítems en tres grupos diferentes? Hay tantas ca-suísticas como docentes. Ya lo dice el refrán: «Tantas seseras, tantas monteras». Sin embargo, y para simplificar, los reduzco a **tres grupos** para tipificar diferentes actitudes docentes según vivan el desempeño de su profesión, aunque es muy posible que cualquier educador se encuentre fluctuando entre un grupo y otro.

- ☉ El primero corresponde al **docente sabelotodo**. Es vanidoso y está convencido que lo hace mejor que nadie. Por suerte, es el menos frecuente. ¿Es este libro para él? ¡Pues sí! Aunque solo sea para contradecirme, y así afianzar con más motivo su postura. No hace falta que esté de acuerdo en nada, ni lo pretendo. Sin embargo, quizá encuentre elementos de reflexión que le hagan dudar, que le abran puertas y amplíen su mirada descubriendo que su práctica docente puede ser mucho más fluida y más placentera. Y, de paso, sus alumnos lo agradecerán.
- ☉ El segundo grupo corresponde al **docente cansado y desbordado**. Por los motivos que sean, se siente físicamente agotado y profesionalmente desmotivado. ¿Ha perdido, tal vez, la vocación? Si habláramos en términos coloquiales, diríamos que está «quemado». Todo se le hace una montaña y, si bien suele quejarse a menudo de su agotamiento, «va tirando», aunque sea hecho trizas. En este grupo es donde se dan los mayores índices de depresión laboral. Para estos docentes, la lectura de este libro será una bocanada de aire fresco, la posibilidad de un resurgir profesional que le hará vivir de nuevo su trabajo con motivación y plenitud. Recargará energías y percibirá cómo se expande ante él un universo de crecimiento personal que redundará en su práctica educativa y en su capacidad de ayuda al alumnado.
- ☉ El tercer grupo corresponde al prototipo de **docente vocacional y motivado**. Por fortuna, es el más habitual. Es el docente implicado y que cree en lo que hace, aunque tenga dudas. Para él, la lectura de este libro será un regalo del cielo. Sacará todo su provecho, exprimirá al máximo su contenido, lo disfrutará y hasta lo recomendará.

## Docentes y actitudes

Respecto al **primer grupo**, he visto algunos profesores con actitudes muy acomodadas, cuando no arrogantes y prepotentes, tanto hacia sus alumnos como hacia sus compañeros, incluso hacia el propio acto docente. No tienen nada que aprender, porque lo saben todo, absolutamente todo. A tenor de tanta sapiencia, y tan poca humildad, permitidme un latinajo: *Ubi dubium, ibi libertas*. Es decir, 'donde hay duda, hay libertad'. Este proverbio latino nos invita a ejercer algo tan saludable como la duda.

Dudar es buscar caminos y alternativas, es tener y mantener la mente abierta al aprendizaje y sentir motivación por mejorar. No podemos pretender que nuestros alumnos aprendan si nosotros no estamos dispuestos a ello. El dudar, el preguntarse, el cuestionarse... son también un sano ejercicio de humildad que hace a las personas más inteligentes y sabias. El docente que no se cuestiona nada (aplicable también a cualquier persona) no avanza y no crece. Permanece estático creyéndose seguro en la cerrazón de sus cuatro verdades y dogmas.

Dijo Sócrates (después veremos su relación con el *coaching*): «Solo sé que no sé nada». Y ciertamente, cuánto más sabes, más te das cuenta de lo que te falta por saber. El célebre filósofo griego hizo de la duda su estilo de vida. Ello le llevó, por ejemplo, a dudar sistemáticamente, en especial a cuestionar todo lo que imponían a la sociedad ateniense sus clases dirigentes y a ser muy crítico con ellas, lo que le acarrió su condena a muerte por envenenamiento.

Aquí no nos va a envenenar nadie. La mayor toxicidad será para con nosotros mismos si nos mantenemos en la misma posición vanidosa, siempre creyendo que lo sabemos todo y que estamos en posesión de la verdad absoluta. La verdad absoluta no existe. Y aun lo que hoy es válido mañana puede no serlo. El mundo, la sociedad en que vivimos, está en constante movimiento, como ya hemos dicho. Debemos adaptarnos a los cambios sin miedo y con mentalidad abierta. Estas necias actitudes, *que haberlas, haylas*, y más de lo que se puede pensar, queramos o no, redundan en el trato de los profesores con sus alumnos, porque, entre otras cosas, no los dejan pensar por sí mismos. Este tipo de docentes quieren alumnos aplicados, obedientes y que no creen problemas. Es decir, el perfecto alumno que

encaja con el vetusto paradigma de la escuela prusiana. El que no da problemas, en una palabra. A estos docentes sabelotodo, dedico especialmente el capítulo 8. Tal vez descubran que... no lo saben todo.

El **segundo grupo** al que he hecho referencia son los docentes tristemente «quemados». Hay días que acuden a trabajar casi como zombis y viven la profesión con indiferencia, desmotivación y cansancio, esperando los fines de semana para «vivir». Suelen tener controladísimo el calendario, con todas sus fiestas, con sus puentes y sus acueductos. Y, por supuesto, llevan a rajatabla la cuenta exacta de los años, los meses, los días y las horas que les faltan para jubilarse. Tal vez estuvieron motivados en los inicios de su carrera profesional, pero, con el tiempo, han llegado a un estado emocional en que la rutina, el desencanto y la frustración han invadido sus vidas. Ahora viven su profesión casi como un castigo divino. Apenas queda algo de aquella vocación y motivación iniciales, se han ido desilusionando paulatinamente por diversos motivos y ya no se plantean ningún reto. Los docentes en este estado pasan por la vida de los alumnos sin pena ni gloria. Tienen días buenos y tienen días malos. Y se dejan llevar por ellos, pensando que es cuestión de suerte si los alumnos aprenden o no, si les toca un «curso bueno o malo», si durante esa semana ha habido o no algún incidente... Llegan al aula casi arrastrando su cuerpo serrano. Se limitan a dar su asignatura lo mejor que saben y salen zumbando del aula en cuanto suena el timbre. A estos docentes dedico especialmente el capítulo 7.





A estas alturas de su vida laboral, ni los sabelotodo ni los quemados se plantean salir de lo que en *coaching* llamamos «zona de confort». Ya sea su zona de confort cómoda, insoportable, agotadora, es *su zona*, la que conocen y en la que se han instalado. Y solo al oír la posibilidad de salirse de ese gueto, sienten un miedo atroz o una pereza supina. Por eso nunca se arriesgan a nada. Su lema es «Más vale malo conocido que bueno por conocer». O, como dice el viejo chiste, «Virgencita de Lourdes, que me quede como estoy».

Apreciado educador, si crees que perteneces a uno de estos dos grupos, no te sientas mal por ello. ¡Tranquilo, no pasa nada! Puedes disfrutar de esta lectura igualmente sin adquirir ningún compromiso. Solo te pido que sigas leyendo este libro como quien lee una novela de aventuras o de ciencia ficción. Así de simple. ¡Igual te sorprende!

## Presuntos implicados

Sí, sí. Ya sé que es un grupo musical de pop nacido en los años 80 del siglo XX. Por cierto, en una de sus canciones podemos escuchar esta bella frase: «Ven a buscar el misterio de lo cotidiano. Tan cerca y tan lejos está...». Para los docentes implicados, los del **tercer grupo**, y que son la mayoría, esos de mente abierta al cambio, *todo* lo cotidiano es un misterio. Por eso, de su día a día hacen una constante búsqueda. No hay rutina educativa en su quehacer diario. Dudan, se preguntan, aprenden, curiosean, se cuestionan, descubren, son capaces de hacer una autocrítica constante... A los implicados se les reconoce rápidamente porque transmiten paz, buena energía y motivación.

Precisamente por ser conscientes de su responsabilidad y de su compromiso social, necesitan mantener un sano equilibrio personal y un soporte emocional en su doble vertiente, como educadores y como personas. Porque no solo se trata de lidiar con los alumnos en clase e intentar inculcarles contenidos (y, aunque solo fuera eso, la huella la dejamos siempre, para lo bueno, para lo malo y para lo mediocre). Se trata de vivir la profesión desde la esperanza, desde la actitud positiva y desde un estilo educativo potenciador de las cualidades y capacidades de los alumnos. De **TODOS** los alumnos, porque **todo niño tiene derecho al éxito escolar**. ¡Ahí es nada!

En este reto educativo, es fundamental que el educador tome conciencia de quién es, cuál es su proyecto vital y para qué hace lo que hace. Y, por descontado, debe salir de su zona de confort para plantearse metas y retos y entrar en acción. Todo eso tiene mucho que ver con el *coaching*, como veremos más adelante. Solo avanzo ahora que es necesario dinamizar acciones y no quedarnos únicamente perdidos en pensamientos, por muy maravillosos que estos sean. Dicho de otro modo, es necesario pensar en grande y actuar en pequeño.

## El hilo de Ariadna

Según nos cuenta la mitología griega, Teseo fue el héroe que liberó a los cretenses del cruel Minotauro. Para no perderse, el joven entró en el laberinto donde se escondía el malvado monstruo, desenrollando un ovillo de hilo que le dio su amada Ariadna. Después de dar muerte al Minotauro, Teseo salió del laberinto enrollando de nuevo el ovillo. En la lengua popular nos ha quedado la expresión «el hilo de Ariadna» para referirnos al proceso por el cual una serie de sucesivas reflexiones, consideraciones, análisis, toma de conciencia, deducciones y argumentos, una vez encadenados y relacionados entre sí, nos llevan con facilidad a la solución de una compleja dificultad que, aparentemente, no tenía salida.

Apreciado lector, recojo la analogía de este bello relato mitológico para expresar que, del mismo modo como el ovillo le sirvió de guía a Teseo para lograr su objetivo, mi anhelo es que este libro te sirva también de guía y sea tu hilo conductor para adentrarte en tu personal laberinto. Recorrerás y te perderás en sus enmarañadas calles, construidas por un embarullado revoltillo de emociones, inquietudes, creencias, valores, deseos, pensamientos, incertidumbres... Llegarás a encontrar a tu Minotauro particular, y te enfrentarás a él. Pero no temas, el hilo de Ariadna también te ayudará a plantarle cara al monstruo y a salir airoso del laberinto, porque en estas páginas vas a encontrar herramientas para ello. Te sugiero seguir su lectura con un bolígrafo y un cuaderno al lado para sacarle el máximo partido.

Para acabar, querido educador, sea cual sea tu caso o tu estado en este momento, si te atreves a entrar en el laberinto, si buscas cómo mejorar tu desempeño profesional, si estás dispuesto a apostar por tu transformación para

transformar la educación, te pido que sigas leyendo con mentalidad abierta.

Seas el docente que seas, espero y deseo, pues, que estas páginas te ayuden a vislumbrar perspectivas personales y educativas diferentes, a activar todo tu potencial personal y a expandir tu mirada profesional para transformarte y ayudar a tus alumnos a hacerlo. Te invito a asumir plenamente el reto de educarlos activándoles el placer de descubrir sus capacidades para que puedan crecer y desarrollarse en plenitud como adultos maduros y capaces de trazarse una vida creativa y feliz.

En definitiva, estimado lector, transformar la educación es un reto que empieza en lo más íntimo de tu ser. Abre tu mente, disfruta de esta lectura. Fluye y déjate llevar por ella.

¿Estás preparado para el reto? Entonces, empieza a desenrollar el hilo de Ariadna, pasa página, y... ¡a por ello!

